



Casados sin saberlo

CASADOS SIN SABERLO

DE

ALEX PUSCHKIN



EDITORIAL REGINA

BARCELONA

1924

INSTRUCCIONES

Si el lector quiere utilizar el «CUENTO POSTAL» como medio de correspondencia, no tiene más que mojar la prolongación engomada de la cubierta posterior, pegarla sobre la cubierta anterior y el tomito quedará convertido en una artística postal. En esta disposición, puede mandarla por correo con el *franqueo de carta*.

Cuando su objeto sea sólo mandarla como regalo o establecer cambio con otro lector, puede acogerse al franqueo de IMPRESOS. En este caso NO DEBERÁ CERRAR el tomito pégándolo con la prolongación engomada, sino solamente pasando un hilo por el agujerillo que pasa de cubierta a cubierta y atarlo en forma de lazo. En la cubierta posterior, escribirá UNICAMENTE el nombre y la dirección del destinatario y escribirá la palabra IMPRESOS en la parte destinada a correspondencia.

Nos permitimos recordar a los lectores que el franqueo, sea como correspondencia o sea como impresos, varía según sea para el interior, para la península o para el extranjero.

CASADOS SIN SABERLO

Hacia el fin del año 1811, en aquel tiempo eternamente memorable, vivía el bueno de Gawrilo Gawrilovitsch N. en su posesión de Njenaradowo. Gawrilo era querido de toda la vecindad por su carácter benévolos y hospitalario. Contínuamente recibía la visita de sus vecinos que iban a cenar y a beber con él o a echar una partida de boston, de cinco kopeks, con su mujer, la señora Prasskowja Petrowna; algunos había también que iban sólo para ver a su hijita, María Gawrilowna, una muchacha esbelta y paliducha, de diez y seis años. Se la tenía por una rica heredera, y muchos la consideraban ya como su mujer o como su nuera.

María Gawrilowna se había educa-

do en la literatura francesa, y era, por consiguiente, de temple enamoradizo. El objeto de su pasión era, entonces, un oficial pobre que, a la sazón, se encontraba en su hogar en uso de licencia. No hay que decir que el afortunado ardía en los mismos sentimientos, y que los padres de su amada, en cuanto descubrieron las inclinaciones mutuas prohibieron a su hija que pensara siquiera en él y trataron al galán peor que si fuera paria volandero.

Nuestros enamorados mantenían correspondencia y se hablaban todos los días a solas, unas veces en el bosque de los pinos, otras en una antigua capilla. Allí cambiaban juramentos de amor eterno, se quejaban de su malhadada suerte y deliberaban sobre los medios que les permitiría romper sus cadenas. Sus cartas y sus entrevistas clandestinas condujeron, como es muy natural, al resultado siguiente: Que, puesto que el uno no podía vivir sin el otro y que la voluntad de sus crueles padres se les interponía en el camino de la dicha, no quedaba otro medio que unirse para siempre y sin bendición paterna. La feliz idea que, naturalmente,

germinó en la cabeza del galán, encontró un entusiasta acogimiento en la romántica fantasía de María.

Llegó el invierno, y con él el fin de sus entrevistas. Pero se intensificó la correspondencia. Wladimiro Nikalojevitz en cada una de sus cartas rogaba a María Gawrilowna que se confiara a él, que se casara con él en secreto, exponiéndole el proyecto de vivir un tiempo escondidos para ir luego a echarse a los pies de sus padres, quienes, sin duda alguna, ante esa fidelidad herólica y ante la desdicha de los dos amantes se sentirían conmovidos e infaliblemente les recibirían con la exclamación: ¡Hijos míos, venid a mis brazos!

María caviló mucho tiempo. Rechazó, uno tras otro, varios planes de fuga. Al fin asintió en uno. El día prefijado se negaría a cenar, y, pretextando jaqueca, se retiraría temprano a su dormitorio. Su doncella estaba metida en el complot: las dos bajarían por la escalera del jardín, detrás del cual encontrarían un trineo dispuesto; montarían en él y se dirigirían a la capilla de Chadrino a cinco verstas de Njnara-

dovo, en donde las esperaría Wladimiro Nikolajevitz.

La noche anterior del día señalado, María la pasó en blanco. Estuvo arreglando sus cosas; metió ropa blanca y un vestido en un envoltorio, escribió una larga carta a una amiga suya, jovencita sentimental, y otra carta dirigida a sus padres. En ella se despedía de todos en términos conmovedores; justificaba su arriesgado paso por la fuerza irresistible de su pasión, y terminaba con la afirmación de que el día que consideraría más feliz de su vida sería aquel en que se les permitiría echarse a los pies de sus amados padres. Después de haber timbrado las dos cartas con un sello en el que había un corazón llameante con su correspondiente inscripción, se tendió en la cama al alborear el día y se quedó traspuesta. Pero, aun entonces, se vió continuamente turbada por terribles pesadillas. Unas veces se veía sorprendida por su padre en el momento preciso de subir al trineo para correr a la ceremonia de su unión y sentía que él la asía, la arrastraba con la rapidez del rayo por sobre la fría nieve y que la

arrojaba en un abismo sin fondo sumido en las tinieblas, en cuya caída interminable despertaba con el corazón oprimido. Otras veces contemplaba a su Wladimiro tendido en el suelo, lívido y bañado en sangre: luchaba en la agonía y le suplicaba con voz desgarradora que se apresurara a ser su esposa. Estas y otras visiones, fantásticas unas, horribles otras, no cesaron de sucederse unas a otras.

Por fin se levantó, más pálida que de costumbre, y esta vez, con efectivo dolor de cabeza. Sus padres se sintieron inquietos por su manifiesta alteración: los tiernos cuidados de que la hacían objeto y sus incesantes preguntas: "¿Qué tienes, Marucha?" "¿Te sientes mal Marucha?.. le partían el corazón. Ella procuraba calmarlos; se esforzaba en aparecer alegre, pero no lograba conseguirlo.

Llegó la noche. La idea de que éste era el último día que iba a pasar en el regazo de su familia, le encogía el corazón. Se sentía más muerta que viva. De pensamiento se despedía de todas las personas y todos los objetos que la rodeaban.

La cena fué servida. El corazón le latía con violencia. Con voz temblorosa declaró que ella no cenaría y dió las buenas noches a su padre y a su madre. Estos la besaron y le dieron la bendición como de costumbre: tuvo que hacer un grande esfuerzo para contener las lágrimas.

Al encerrarse en su habitación y hallarse sola se dejó caer en un sillón y rompió en acerbo llanto. Su camarera no cesaba de tranquilizarla, exhortándola a recobrar la calma y a tener valor. Todos los preparativos estaban tomados. Sólo media hora y María iba a abandonar para siempre la casa paterna, su habitación y su apacible vida de doncella. A fuera se desencadenaba un temporal de nieve; el viento rugía, los postigos de la ventana se extremeñían y crepitaban; todo eso le pareció un advertimiento amenazador y un fatídico preludio.

Por fin el silencio reinó en toda la casa: todo el mundo dormía. María echóse el chal sobre los hombros, abrigándose en una capa confortante, tomó su paquete de ropas y se deslizó por la escalera abajo. Su camarera la seguía con

otros dos envoltorios. Llegaron al jardín. El temporal de nieve aún no había cesado. El viento la azotó el rostro con violencia, como si quisiera detener a la culpable. Con alguna dificultad llegó a la puerta del jardín. El trineo la esperaba. Los caballos, ateridos de frío, mostraban una incesante inquietud, y el cochero de Wladimiro iba de uno a otro procurando calmarles. Ayudó a María y a la camarera a subir al trineo colocó luego los paquetes, empuñó las riendas y partieron al frenético galope de los caballos.

Wladimiro había pasado el día en continua actividad. De madrugada había visitado al cura de Chadrino. A duras penas había logrado ponerse de acuerdo con él sobre sus propósitos. Luego siguió sus gestiones entre sus convecinos propietarios, en busca de testigos de su boda. En primer lugar confióse a un amigo, corneta, de unos cuarenta años de edad, llamado Dráwin, quien se prestó gustoso a ello. Ese episodio, dijo que le recordaba los tiempos, ya pasados, de sus ardides de hústar.

Convenció a Wladimiro que se quedase con él a comer, asegurándole que sin esfuerzo alguno le encontraría los otros dos testigos, y, efectivamente, inmediatamente después de comer, apareció el geómetra Schwidt, llevando espuelas y bigote retorcido, con el hijo del jefe de policía, un jovencito de unos diez y seis años que acababa de ingresar en el cuerpo de ulanos. No tan sólo aceptaron la invitación de Wladimiro sino que le manifestaron, bajo juramento, su disposición a sacrificar su vida por él. Wladimiro les abrazó embargado por la emoción y se dirigió a su casa para proceder a la terminación de los demás preparativos.

Hacía rato que reinaba la oscuridad más completa. Wladimiro mandó a su fiel Teresdka con su aparejo de tres caballos a Njenaradowo, dándole instrucciones prudentes y precisas: mandóse aparejar el pequeño trineo de un caballo para sí y partió solo, sin cochero, hacia Chadirino, en donde debía hallarse con su María dentro de dos horas. Conocía el camino perfectamen-

te, y contaba recorrer el trayecto en unos veinte minutos.

Pero apenas Wladimiro se encontró en campo cubierto, cuando se levantó el vendaval y se desencadenó una tal tormenta que le impedía ver lo que le rodeaba. Sin saber cómo, se había separado del camino; toda la campiña había desaparecido envuelta en una niebla tupida y amarillenta, en la cual los copos de nieve se precipitaban furiosos. Cielo y tierra formaban un todo confundido. Wladimiro notó al momento que marchaba a campo traviesa, y en vano se esforzó en recobrar el camino. Su caballo avanzaba al azar, unas veces le metía por entre un montón de nieve y otras le precipitaba en un foso. El trineo volcaba a cada momento. La única preocupación de Wladimiro era la de no perder la dirección exacta. Pero le pareció que ya había transcurrido media hora y aún no había alcanzado el bosquecillo que se levantaba a las puertas de Chadirino. Avanzó diez minutos más y el bosquecillo seguía sin parecer. Wladimiro se deslizaba por un campo lleno de profundos hoyos. La tormenta no

cedía y el cielo seguía sin llevar trazas de escampar. El caballo empezaba a dar muestras de cansancio, y él mismo se sentía bañado en sudor a pesar de hundirse a cada momento en la nieve hasta el cinto.

Por fin se dió cuenta de haberse metido en una falsa dirección. Se detuvo y empezó a reflexionar y a considerar su verdadera situación. Pensó que había de torcer hacia la derecha, y así lo hizo. El caballo apenas podía moverse entre la nieve.

Había transcurrido más de una hora cuando notó qué se hallaba en el surco de un camino. Chadrino ya no podía estar muy lejos. Avanzó y avanzó, pero el campo parecía ser interminable. Seguían las montañas de nieve y los baches; a cada momento volcaba el trineo, a cada momento debía levantarla. Pasaba el tiempo y Wladimiro empezó a sentirse seriamente intranquilo.

Por fin, a lo lejos vislumbró un punto negro. Wladimiro se lanzó a su encuentro. Cuando ya se hallaba cerca advirtió que era un bosque. "Gracias a Dios", pensó, "ahora ya sé que

no estoy lejos". Siguió bordeando el bosque, llevado por la esperanza de dar con el camino que tan bien conocía o poder dar la vuelta al bosque: Chadrino se encontraba inmediato a la parte adversa.

Pronto dió con el camino y, en medio de la obscuridad, guió el caballo por entre los árboles deshojados. Aquí no le alcanzaban las ráfagas del viento; el camino era llano y liso; el caballo se afirmaba con facilidad y Wladimiro sintióse otra vez tranquilo.

Pero seguía avanzando, avanzando siempre y Chadrino no parecía. El bosque también parecía ser interminable. Wladimiro se percató con angustia de que se había metido en un bosque desconocido. La desesperación se apoderó de él. Fustigó al caballo; el pobre animal se puso al trote, pero pronto volvió a dar muestras de cansancio y al cabo de un cuarto de hora avanzaba fatigosamente, paso tras paso, sin hacer caso de las imprecaciones del desdichado Wladimiro.

Poco a poco el bosque se iba aclaramiento y Wladimiro ganó otra vez el campo libre: Chadrino no se veía por

ninguna parte. ¿Sería ya media noche? En los ojos de Wladimiro asomaron las lágrimas: echó adelante, al azar. Entre tanto había cesado la tormenta y las nubes habían desaparecido; una llanura dilatada, una alfombra blanca y ondulante se extendía ante sus ojos. La noche era bastante clara. No muy a lo lejos divisó una aldea compuesta de cuatro o cinco chozas. Wladimiro se dirigió hacia ella. Al llegar a la primera choza se apeó del trineo y llamó a la ventana.

A los pocos momentos se abrió el postigo de madera de la ventana y un anciano asomó su cabeza gris.

“¿Quéquieres?”

“¿Está muy lejos Chadrino?”

“¿Si está muy lejos Chadrino?”

“Sí, sí; está muy lejos?”

“No mucho, unas diez verstas”.

Cuando Wladimiro oyó eso se miró al caballo y quedóse inmóvil como un sentenciado a muerte.

“¿Y de dónde vienes? —siguió preguntando el viejo.

Wladimiro no se sintió con valor de decir la verdad.

“Oye, amigo” —dijo— “puedes pres-

tarme un caballo y conducirme a Chadrino?

“¿Qué hablas de caballos aquí?” —repuso el aldeano— “No tengo caballo.”

“Puedes, a lo menos, proporcionarme un guía? —Le daré lo que deseé.”

“Aguarda” — respondió el anciano,

“Aguarda” — respondió el anciano, cerrando otra vez la ventana— “te mandaré a mi hijo; él te llevará allá.

Wladimiro esperó. Aún no había transcurrido un minuto que empezó a llamar otra vez. La ventana se abrió de nuevo y volvió a asomarse el viejo:

“¿Quéquieres?”

“¿Y tu hijo?”

“Va a venir al momento. Se está calzando las botas. Vas a helarte aquí fuera: entra y te calentarás.”

“No, gracias: lo que quiero es que me mandes pronto tu hijo.”

Rechinó la puerta. Un mozo, armado con un palo de roble salió de la casa y echó adelante, ora indicando el camino, ora probando el espesor de la nieve.

“¿Qué hora es? —preguntó Wladimiro.”

"Pronto va a ser de día"—contestó el mozo.

Wladimiro no abrió más la boca.

Pronto se oyeron cantar los gallos, y ya era día claro cuando llegaron a Chadrino. La iglesia estaba cerrada. Wladimiro pagó al guía y se dirigió a la vivienda del cura. Ningún trineo de tres caballos se veía en todo el pueblo. ¡Qué nuevas le aguardaban!

En casa de los buenos moradores de Njenaradowo no había pasado nada.

El matrimonio se había levantado y se había dirigido al comedor, Gawrilo Gawrilowich con su gorra de noche y una recia chaqueta. Prasskowia Petrowna en una bata acolchada. Les fué dispuesto el samovar, y Gawrilo Gawrilowich mandó a la muchacha a informarse de María Gawrilowna: de cómo estaba y de cómo había pasado la noche. La muchacha volvió diciendo que la señorita no había pasado la noche muy bien, pero que se encontraba mejor y que en seguida se reuniría con ellos.

Y, en efecto; a poco, se abrió la puerta y entró María deseando los

buenos días a papá y a mamá.

"¿Estás mejor de la cabeza?"—preguntó Gawrilo Gawrilowich.

"Sí, papá"—respondió María.

"Sería que anoche te dañarían los vapores de la estufa."

"Puede ser, mamá"—respondió María.

El día transcurrió con toda felicidad, pero a la noche siguiente María se puso enferma. Se mandó por un médico a la ciudad. Al día siguiente llegó el médico y halló que la enferma era presa del delirio. Se declaró una alta fiebre y a los quince días María estaba entre la vida y la muerte.

Nadie en la casa había tenido noticia de la pretendida huída. La carta escrita la noche anterior había sido quemada. La muchacha no había dicho una palabra, entre otras cosas, por temor a la repulsa de los señores. El cura, el antiguo corneta, el bigotudo geómetra y el imberbe ulano se habían mostrado, asimismo, discretos; Teresdka, el cochero, no soltó ni una palabra imprudente, ni siquiera influído por la borrachera, de manera que el secreto había sido fácilmente guarda-

do con todo y ser media docena los complicados en el complot.

Pero durante su delirio la misma María Gawrilowna descorrió el velo del misterio. Sin embargo, sus palabras eran tan incoherentes que su madre, quien no abandonaba nunca el lecho de la enferma, sólo pudo llegar a comprender que su hija estaba enamorada, al parecer de Wladimiro Nikolajewitzn, y que ese amor era a todas luces la causa de su enfermedad.

Al momento lo consultó con su marido y algunos vecinos, y todos estuvieron acordes en aceptar que María Gawrilowna era perspicaz y comedida de tal suerte que no podía escapárselle nada de lo que era característico a Wladimiro; que la pobreza no era ninguna deshonra; que uno no se casa con una fortuna, sino con una persona, etcétera, etc. Es admirable el consuelo que infunden los tópicos morales cuando no alcanzamos a dar con un fundamento para disculpar nuestra conducta.

Poco a poco se restableció la señorita. Wladimiro hacía mucho tiempo había interrumpido sus visitas a la casa

de Gawilo Gawrilowich. El recibimiento de que había sido objeto lo había desalentado. Así que no hubo más remedio que mandar a su casa un emisario para anunciarle la inesperada buena nueva de que era esperado, equivalente al consentimiento paterno para su boda. Pero cual no fué el asombro de los moradores de Njenaradowo cuando, como respuesta a su invitación, recibieron una carta en la que, entre incoherencias, Wladimiro les declaraba que ya jamás volvería a poner los pies en su casa, y les rogaba que dieran al olvido aquel pobre desdichado para quien el único consuelo que le quedaba ahora era la muerte!

Unos días más tarde les llegó la noticia de que Wladimiro se había reincorporado al ejército.

Esto sucedía en el año 1812.

Por mucho tiempo no se atrevieron a poner a María, que iba recobrando su perdida salud, en conocimiento de lo acaecido.

Nunca se le hablaba de Wladimiro. Cuando unos meses más tarde leyó su nombre en la lista de los heridos graves que había habido en la batalla de

Borodino, fué presa de un desvanecimiento y cudió el temor de que reaparecieran los días de fiebre. Sin embargo, el desvanecimiento no tuvo ulteriores consecuencias.

A poco la embargaron nuevas penas, Gawilo Gawrilitch murió, dejándola única heredera de todo su patrimonio. Pero esa herencia no alcanzaba a consolarla. El dolor de la pobre Prasscowia Petrowna era sinceramente compartido por su hija, quien afirmaba, por lo más querido y sagrado, que no se separaría jamás de su madre. Abandonaron Njanaradovo, lugar que encerraba tantos recuerdos tristes, y se instalaron en otra propiedad.

Aquí también los pretendientes pronto echaron cerco a la bella y rica heredera. Sin embargo ella no daba la menor esperanza a ninguno de ellos. La madre algunas veces la incitaba a decidir su elección, pero entonces María Gawrilowna, por toda respuesta, movía tristemente la cabeza y quedaba pensativa. Wladimiro ya no vivía: había muerto en Moscú, el día antes de la entrada de los franceses. María guardaba de él un piadoso recuerdo:

guardaba todo lo que evocaba su memoria: los libros que él había leído un día, sus dibujos, las notas y las poesías que él había escrito para ella. Los vecinos que se enteraron de eso, quedaban maravillados ante esa felicidad ejemplar, y esperaban acuciados al héroe que el fin lograría quebrantar la melancólica constancia de esa virginal Artemisa.

Entretanto había terminado gloriosamente la guerra. Nuestros regimientos regresaban de tierras extranjeras. El pueblo corría a su encuentro. Las bandas de música tocaban, a guisa de himnos triunfales, *Vive Henri-quatre*, valses troleseos y arías de la "Gioconda". Los campos de batalla habían transformado en hombres aquellos que la guerra se había llevado como mozos imberbes y ahora regresaban a la patria adornados con cruces y condecoraciones. Por todas partes se veían grupos de soldados platicando, mezclando continuamente en su jerga vocablos franceses y alemanes. ¡Tiempo inolvidable! ¡Tiempo de gloria y de entusiasmo! ¡Con qué fuerza latía el corazón ruso a las vibraciones de la

palabra "Patria"! ¡Qué dulces eran las lágrimas de la vuelta al hogar! ¡Con qué unanimidad juntábamos entonces el sentimiento del orgullo patrio con el amor al Zar! ¡Y, para él mismo, qué momentos!

Las mujeres, las mujeres rusas, fueron entonces incomparables. Su indiferencia peculiar había desaparecido. Su entusiasmo llegaba verdaderamente a la embriaguez cuando, atronando el aire con sus "¡hurras!", corrían al encuentro de los vencedores.

"Y, lanzadas al aire, sus cofias volaban"

¿Cuál de nuestros oficiales de aquel tiempo no habría concedido que de las manos de las mujeres rusas esperaban el mejor y más preciado de los galardones?

En aquellos tiempos esplendorosos, María permanecía en la quietud del campo en compañía de su madre. No vió cómo las dos capitales festejaban a los ejércitos repatriados. Pero en las capitales de provincia y en los pueblos rurales el entusiasmo popular aún adquirió mayores proporciones. La aparición de un oficial en una ciudad ru-

ral era un verdadero triunfo y ¡ay! del enamorado que vestía traje civil.

Ya hemos dicho que María, a pesar de su indiferencia aparente, era muy propensa a la admiración. Pero todos los admirados hubieron de emprender la retirada cuando apareció en el lugar el capitán de húsares Burmín con una herida, la orden de San Jorge en el ojal y una "palidez interesante", según las pueblerinas afirmaban. Contaba entonces unos veintiséis años. Había abandonado el servicio y se retiraba de nuevo a su predio, lindante, precisamente, con el de María. Esta le distinguía de una manera inusitada. Sumida, la mayor parte del tiempo, en tristes meditaciones, se le iluminaba el rostro como por encanto en su presencia. No podía afirmarse que coqueteara con él, pero si un poeta la hubiese observado, habría dicho:

"Se amor non è, que dunque?"

Burmín era, realmente, un joven muy simpático. Poseía cumplidamente lo que gusta a todas las mujeres: una mezcla de mundanalidad y de buena educación, un hombre sin pizca de

pretensión, pero con ribetes de sorna en el decir.

Su conducta para con María era franca y desenvuelta: que ella dijera o hiciera lo que se le antojara, su alma y sus ojos la seguían siempre. Sus maneras eran sóbrias y agradables, aunque era fama que en otros tiempos había sido un terrible pillastre, bien que eso en nada absolutamente le empequeñecía a los ojos de María, quien al igual que todas las demás jóvenes casaderas, se sentía inclinada a perdonarle todas las tretas que demostraran síntomas de carácter valiente y audaz.

Pero más que todo eso, más que su ternura, más que su interesante palidez, más que la herida de su brazo, más que todo eso, lo que más le agujoneaba del joven húsar era su curiosidad y su fantasía. A pesar suyo se veía forzada a convenir que Burmín la cautivaba. A la verdad, con su perspicacia y su experiencia en achaques femeniles, él hacía tiempo que se había dado cuenta de su privanza. ¿A qué era debido, pues, que María no le viese postrado a sus pies y no hubiese ya recibido su declaración? ¿Qué le detenía? Era el

temor, compañero inseparable del amor verdadero? ¿Era orgullo, o el coqueteo de un artero amorío? Para María era un verdadero enigma. Despues de reflexionar largo tiempo sobre el particular, vino en concluir que no podía haber otra causa que la timidez, y al punto se hizo el propósito de aleistarle con huevas y mayores atenciones, y si las circunstancias así lo imponían, llegar a las muestras de ternura.

Ella preparaba un desenlace que a ella misma le pareciera inesperado, y aguardaba con impaciencia el momento de la declaración romántica. Un secreto, sea de la clase que quiera, siempre es un peso enorme para un corazón femenino.

La táctica de María tuvo el éxito deseado. A lo menos sumió a Burmín en un estado de ensueños; sus ojos adquirían tal fuego al posarse en los de la bella que a cada punto parecía llegado el momento apetecido. Los vecinos hablaban de la boda como de una cosa convenida, y la buena de Prascowia Petrowna rebosaba contento al ver que su hija había, al fin, encontrando un pretendiente digno de ella.

Un día la buena señora estaba sentada ante la mesita de su habitación, barajando los naipes para hechar un solitario, cuando entró Burmín y pidió que lo anunciaran a María.

"Está en el jardín" — respondió ella— "vaya usted por ella: yo les esperaré aquí."

Burmín salió y la señora se santiguó y dijo medio para sí:

"¡Quiera Dios que hoy se decida el asunto!"

Burmín halló a María junto al estanque, bajo la sombra de un sauce y con un libro en las manos: iba vestida de blanco—una verdadera heroína de novela. Después de haber cambiado las frases de cortesía, María Gawrilowna, con intención aviesa, truncó la conversación, con lo cual, aumentó aún más la mutua perplejidad, de la cual, sólo una súbita y resuelta declaración podría librarles. Y así sucedió, en efecto. Comprendiendo Burmín lo insostenible de su situación, declaró que ya hacía mucho tiempo estaba buscando la oportunidad de abrirle su corazón y la suplicó que le prestara atención cinco minutos.

María cerró el libro y bajó los ojos en señal de consentimiento.

"La amo a usted"—dijo Burmín—"la amo apasionadamente."

María se sonrojó y bajó aún más la cabeza.

"Sería para mí un dolor abandonar la costumbre, la dulce costumbre de verla y de oírla cada día."

María recordó la primera carta de St. Preux.

"Ahora ya es demasiado tarde para rebelarme contra mi suerte: el recuerdo de usted, el recuerdo de su incomparable imagen será desde ahora, y para siempre, todo el encanto y todo el tormento de mi vida; pero me queda un sincero deber que cumplir: es preciso que conozca un terrible secreto, el secreto que se interpone entre nosotros como una barrera infranqueable.

"Esa barrera ha existido siempre"— interrumpió María vivamente—"Yo no puedo ser nunca su mujer."

"Lo sé"—replicó él con ardor amortiguado—ya sé que usted ha amado con pasión, pero la muerte, un luto de tres años... María, adorada María, no me niegue a lo menos el último con-

suelo; el pensamiento de que había estado dispuesto a hacerme feliz, si no...

"!Calle usted, Burmín; por Dios, calle usted! Me está usted martirizandol"

"¡Sí, sí; lo sé, lo siento; usted habría sido mía, pero... pero soy el hombre más desgraciado de la tierra: soy casado!"

María le miró con ojos atónitos.

"Soy casado" — repitió Burmín — "hace cuatro años que soy casado y no sé quién es mi mujer, donde se encuentra y ni siquiera si volveré a verla jamás."

"¿Qué está usted diciendo?" — exclamó María — "¡Eso es extraordinario! Prosiga usted, luego le contaré yo... ¡Pero, prosiga usted!"

"A principios del año 1812" — dijo Burmín — me dirigía a Wilna a toda prisa, en donde se encontraba mi regimiento. Al llegar a un parador, ya entrada la noche, dí la orden de aprear un tiro inmediatamente, cuando se desencadenó un temporal de nieve. El jefe de la parada y los conductores me aconsejaron esperar un poco; yo seguí su consejo; pero una extraña in-

tranquilidad se apoderó de mí: sentía como si algo me empujara a ir adelante. El temporal seguía arreciando; pero yo no pude esperar; mandé enganchar los caballos y, a pesar de la tormenta, seguí mi camino."

"El cochero tuvo la ocurrencia de pasar a la otra parte del río, por donde se gana una tres verstas de camino. Pero la ribera del río estaba cubierta de nieve, de manera que el cochero pasó inadvertido el sitio en que se encuentra el camino y así, sin darnos cuenta, nos encontramos en un paraje desconocido.

"La tormenta iba siendo más recia. De pronto ví brillar una luz a lo lejos y nos dirigimos hacia ella. Nos acercábamos a un pueblo. Dentro la iglesia, cuyas puertas estaban abiertas, vimos un resplandor de luz: afuera estaban parados varios trineos, y en la puerta de la iglesia iban y venían algunas personas.

"¡Aquí, aquí!" gritaron varias voces.

"Yo ordené al cochero que se dirigiera hacia allí."

"Amigo" — me dijo una voz — nos

ha hecho esperar mucho. La novia está desmaayda, el cura está sin saber qué hacer, y nosotros ya estábamos para volvernos a casa. ¡Pero baja pronto, hombre!

"Sin decir palabra abandoné el trineo y entré en la iglesia. Dentro ardían dos o tres cirios. En un rincón obscuro había una joven sentada y junto a ella otra que le estaba frotando las sienes.

"Gracias a Dios, que está usted aquí"—dijo la última. "Por poco mata usted a la señorita."

"En el mismo momento el cura se dirigió a mí y me preguntó: ¿Quiere usted que empecemos?"

"Empiece usted, empiece usted", dije yo distraído.

"Levantaron a la joven. Me pareció que no era mala... ¡Qué locura tan incomprendible y tan imperdonable...! Me arrodillé a su lado, ante el altar; el cura se apresuró en su misión; tres hombres y su camarera sostenían a la novia, y sólo se preocupaban de ella. Nos casaron. Besáos, nos dijo una voz. Mi mujer volvió su pálido rostro hacia mí, yo iba a estamparle un beso...pero ella exclamó:

"¡Ah, no es él! ¡No es él!"

"Y al decir eso perdió el sentido otra vez."

Los testigos me miraron conturbados.

Yo me volví, y sin encontrar la menor resistencia, abandoné la iglesia, salté al trineo y grité al cochero: "¡Pronto, al galope!"

"¡Dios mío!"—exclamó María Gawrilowa "¿Y no sabe usted lo que ha sido de su pobre esposa?"

"No"—contestó Burmín—ni siquiera sé el nombre del pueblo en donde fuí casado. Ni me acuerdo ya del nombre de la parada de donde partí. En aquellos tiempos daba yo tan poca importancia a mis andanzas truhanescas, que a poco de haber abandonado la iglesia, me quedé dormido y no me desperté hasta la mañana siguiente, cuando ya estábamos para llegar a la tercera parada. El criado que me acompañaba entonces, murió en la campaña: de manera que hasta me ha sido quitada la esperanza de descubrir aquella de quien me burlé tan cruelmente y que ahora queda tan cruelmente vengada."

"¡Dios mío, Dios mío!"—exclamó María juntando las manos: "¡con que era usted! ¿y no me ha reconocido?

Burmín palideció... y se echó de rodillas a sus pies.

FIN

CUENTO POSTAL

CORRESPONDENCIA

DIRECCIÓN